

Servei de documentació: "Lectio divina"



Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat

Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autora	Nuria Calduch-Benages	95
Títol	Lectio divina sobre Lluc 7,36-50	
Font	La pròpia autora	
Data	30 de gener de 2016, a la Basílica de Sant Joan de Letrà	
Publicat	18 de febrer de 2016	



LECTIO DIVINA SOBRE LUCAS 7,36-50

Prof.ssa Nuria Calduch-Benages

Uno de los temas característicos del evangelio de Lucas es la misericordia divina. Por eso, no sorprende que a su autor se le conozca como el “escritor de la misericordia de Cristo” (*scriba mansuetudinis Christi*). Así lo llama Dante Alighieri en el primer capítulo de su obra *De Monarchia*. El texto de Lucas que acabamos de escuchar tiene como protagonista a una mujer con la que Jesús se muestra compasivo y misericordioso. Conocida tradicionalmente como la pecadora pública, perdonada o arrepentida, la mujer del perfume (así me gusta llamarla) es una de las muchas mujeres anónimas que aparecen en el evangelio de Lucas. Hay quienes la confunden con María de Betania, la hermana de Marta y Lázaro, o con María Magdalena, de la que Jesús echó siete demonios, o incluso con la mujer adúltera, la que estuvo a punto de ser lapidada por sus acusadores. Para nosotros, en cambio, es «la mujer del perfume», aquella que derramó su frasco de alabastro sobre los pies del maestro.

El evangelio de Lucas es el evangelio que más historias de mujeres narra. Es el único que nos cuenta la historia de Isabel, María, Ana, la viuda de Naím, la mujer del perfume, María Magdalena, Juana, Susana y otras mujeres galileas, Marta y María, la mujer encorvada, la mujer que busca la moneda perdida, la viuda insistente y las mujeres que lloran a Jesús camino del Calvario. Todas éstas son narraciones exclusivas de Lucas, pero en su evangelio también encontramos otras historias de mujeres que tienen sus paralelos en los evangelios de Marcos y Mateo: la de la suegra de Simón, la hija de Jairo y la hemorroísa, la mujer amasando el pan, la viuda pobre que da todo lo que tiene, las mujeres galileas que dan testimonio de la muerte y sepultura de Jesús y descubren la tumba vacía. Entre todas las mujeres que acabamos de mencionar, nuestra protagonista es la única mujer que recibe el perdón misericordioso de Jesús; es la única mujer que, sin pedirlo, queda libre de una enfermedad, no del cuerpo sino del espíritu. La mujer

del perfume no es ciega, ni leprosa, ni sordomuda, ni paralítica, ni tiene pérdidas de sangre; no está poseída del demonio. Su mal es de otro orden: la mujer del perfume ha vivido una vida de pecado. Y Jesús, el pedagogo, el terapeuta, aplica un remedio de eficacia instantánea. Perdona todos sus pecados de golpe. No se los recuerda, no los cuenta, no los clasifica. El remedio de Jesús regenera en el corazón muerto de la mujer los sentimientos más delicados del ser humano: amor y gratitud. La mujer del perfume es la mujer del amor grande, la mujer de la gratitud infinita, la mujer que no sabe decir en palabras lo que su corazón siente por Jesús. Y como no sabe hablar, su corazón la impulsa a un gesto audaz.

Los personajes de la escena son Jesús, la mujer pecadora, Simón el fariseo y los demás comensales. Todos están implicados en una misma trama, donde la lógica de la ley se enfrenta a la lógica del amor. Simón el fariseo y su grupo representan a la ley. Jesús encarna el amor. Y en medio está la mujer pecadora: Simón la acusa, Jesús la perdona. La insólita acción de la mujer provoca el juicio de Simón; el juicio de Simón provoca la intervención de Jesús; y la intervención de Jesús desencadena la reacción de los invitados.

Todo empieza con una simple invitación. Un fariseo invita a Jesús a comer en su casa. El hecho en sí no nos sorprende: participar en una comida era cosa normal en la sociedad judía de la época, como también sucede en la nuestra. Comer es sobre todo, un acontecimiento social muy significativo. Los fariseos invitan a Jesús en tres ocasiones (Lc 7,36; 11,37; 14,1). Con ello, ilustran perfectamente un principio elemental: normalmente, se come con aquellas personas que comparten o desean compartir el mismo tipo de valores. En general, la mesa compartida afianza la cohesión y la identidad del grupo. Así pues, no es normal invitar a desconocidos a la mesa. Es de suponer que los invitados a un banquete pertenecen al mismo círculo del anfitrión, o al menos, son conocidos o vinculados al grupo. Al invitar a Jesús, el fariseo realiza un gesto hospitalario y generoso. Demuestra una actitud abierta y cordial hacia el Maestro. Es su modo de acercarse a Jesús. Las intenciones ocultas del fariseo no las podemos conocer. Pero si abre las

puertas de su casa a Jesús, es porque desea conocerlo y entablar con él algún tipo de relación interpersonal.

Jesús acepta con gusto la invitación: entra en la casa del fariseo y, según la costumbre grecorromana, se reclina a la mesa con los demás comensales. Jesús no hace comentarios, no muestra reparos ni recelos. Y eso que sabe muy bien que compartir la mesa de un fariseo significa de alguna manera entrar en su mundo, un mundo herméticamente cerrado donde el valor más alto es el celo por la santidad. La narración, pues, empieza con un tono marcadamente positivo. Simón invita a Jesús a un banquete y Jesús acepta inmediatamente la invitación. Cordialidad por parte del anfitrión y también por parte del huésped.

Sin la repentina aparición de la mujer del perfume, en casa de Simón seguramente no habría ocurrido nada de particular. La mujer irrumpe en la escena de sorpresa y cuando uno menos se lo esperaba. De hecho, nadie la había invitado. Aparece en el banquete como una intrusa. Es una que no pertenece al grupo. La mujer del perfume no es «farisea», no es «rabina», no es letrada. Es solamente pecadora de renombre, y para colmo, mujer. Pero a nuestra protagonista no le pesan sus títulos de marginación, y se introduce en el banquete, en un asunto propio de hombres. Se informa de dónde está Jesús y va derecha hacia él. Quiere encontrarlo. Se salta todas las estrictas reglas sociales. Afronta el riesgo del rechazo, la incomprensión, el desprecio, la condena. Para ella su amor y gratitud a Jesús están muy por encima de los códigos sociales. Entra en casa de Simón con un frasco de alabastro lleno de perfume y se coloca detrás de Jesús, llorando a sus pies (Lc 7,37-38).

La posición corporal de la mujer es muy elocuente. Jesús está reclinado en la mesa. La mujer está en el suelo, detrás de él, tocando con su cabeza los pies del Maestro. Jesús está arriba y ella está abajo, lo más abajo posible. Y desde abajo, la mujer llora, le mira y le habla. Habla en silencio, sin palabras. Habla con su cuerpo. Postrada a sus pies, la mujer adopta una actitud de servicio, de discípula, a la escucha del Maestro, dispuesta a aceptar su palabra. Así lo hizo también María

de Betania (Lc 10,39). La misma postura de servicio repite Jesús en el lavatorio de los pies durante la última cena (Jn 13,5). En casa de Simón todos están sentados. Sólo ella está en el suelo. Todos situados unos delante de otros. Ella está detrás. Todos se ven la cara. Sólo ella contempla los pies de Jesús. Por el momento ella es una excluida del banquete, pero pronto arrebatará el puesto a Simón: de marginada pasará a ser la auténtica anfitriona. Ahora queda abajo y detrás. Pero no tardará en ocupar el centro de la escena.

Ya lo hemos anticipado: la mujer tenía un enorme interés en encontrar a Jesús. Era de esperar un diálogo, un breve intercambio de palabras al menos. Entre los dos no sucede nada de esto. Jesús y la mujer permanecen en silencio, o mejor aún, se comunican en silencio. Y es que la mujer no logra hablar; la mujer se emociona y llora. ¿Por qué llora? ¿gratitud, arrepentimiento, amor, conmoción interior...? Nosotros no lo sabemos, pero Jesús sí lo sabe. Todo en la escena hace suponer que los dos ya se habían encontrado en alguna otra ocasión. Y al llanto de la mujer Jesús responde con su silencio. Un silencio que es atención, aceptación, valoración, reconocimiento de la persona que tiene delante. Jesús no cambia de postura, sigue recostado en la mesa y la mujer llora a sus pies. La escena es entrañable e invita a una reposada contemplación.

En lugar de la palabra, la mujer recurre al lenguaje del cuerpo. Y con su cuerpo, especialmente con sus manos, su boca y sus cabellos, ella trasmite todo el mensaje: sentimientos de amor hacia Jesús y sentimientos de escándalo hacia Simón y sus invitados. La mujer nada dice (en toda la narración no pronunciará ni una sola palabra) y, sin embargo, en medio de su sorprendente silencio, despliega una intensa actividad. La mujer realiza cuatro acciones sucesivas centradas en los pies de Jesús: los besa, los baña con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos y los unge con su perfume. Estas cuatro acciones implican un contacto físico que Jesús acepta con toda naturalidad. Jesús se deja tocar, porque se deja amar. Las caricias de aquella mujer son la expresión corporal de un amor sincero y agradecido. Amor que necesita salir de sí mismo para entrar en la

alteridad del otro. Y este proceso requiere su tiempo. La mujer necesita tiempo para manifestar su amor. Seguramente estuvo largo rato besando y acariciando los pies de Jesús. Seguramente los acariciaba lentamente, repetidamente, cuidadosamente. Está sosteniendo en sus manos un objeto de enorme valor para ella: son los pies de Jesús. Este matiz de duración e insistencia de las acciones de la mujer, lo ha captado el mismo Jesús, y lo comunica a Simón: «Ella desde que ha entrado no ha cesado de besarme los pies...» (Lc 7,45).

Besar ¿Por qué besar los pies de Jesús? Porque besar es un gesto de ternura. Los gestos de ternura nacen del amor y son completamente gratuitos. La mujer besa los pies del Maestro desinteresadamente, sin esperar nada a cambio. Los besa sin exigir recompensa, ni siquiera una respuesta. Los besa para expresar lo que siente su corazón. El suyo es un gesto de amor, como el de María Magdalena en la escena de la resurrección: el misterioso jardinero pronuncia su nombre y María Magdalena se emociona al reconocer a Jesús resucitado (Jn 20,17).

Bañar con lágrimas ¿Por qué bañar con lágrimas los pies de Jesús? Porque las lágrimas limpian y purifican el corazón de quien las deja correr. Y la mujer necesitaba purificación interior. Bañando de lágrimas los pies de Jesús, la mujer le transmite sus sentimientos más íntimos. Y al mismo tiempo, ella, la que baña, se lava por dentro; se disuelven sus males y los lazos que estrechaban su corazón. Las lágrimas de sus mejillas descienden veloces hasta entrar en el cuerpo de Jesús; lo mojan, lo empapan. Ahora, las lágrimas de la mujer son también lágrimas de Jesús. La mujer no llora sola, Jesús llora con ella. Enjugar con los cabellos ¿Por qué enjugar los pies de Jesús con los cabellos? ¿Hay algo provocador en este gesto de la mujer? Ciertamente no. El gesto contiene una tremenda fuerza evocadora. La imagen nos traslada al Cantar de los Cantares. Allí el novio, se extasía ante la hermosa cabellera de la amada (Cant 4,1; 6,5). También Jesús es sensible a la belleza humana y la aprecia en todos sus matices: la belleza del cuerpo y la belleza del corazón. La mujer que le enjuga una y otra vez los pies con sus cabellos es una mujer capaz de amar y ser amada. Y ésta es su belleza.

Ungir con perfume ¿Por qué ungir los pies de Jesús con perfume? La mujer quiere mostrar con un generoso obsequio todo lo que su corazón prueba por Jesús. El perfume es un líquido refinado para ocasiones extraordinarias, excepcionales. No se usa como se usa el agua. El perfume es delicado y costoso.

Recordemos el perfume de nardo puro que llenó la casa de María de Betania con su fragancia (Jn 12,3). El perfume no se regala a cualquiera, ni se gasta inútilmente. Es un presente destinado a obsequiar personas muy queridas. La unción de la mujer libera un aroma de gratuidad. Sus manos recorren rítmicamente los pies de Jesús, como intentando salir del propio cuerpo al que pertenecen para explorar el cuerpo que están acariciando. Sus manos, impregnadas de perfume, como las de la esposa del Cantar de los Cantares (5,5), tocan, suaves y delicadas, los pies de Jesús. La fragancia envuelve a discípula y Maestro. Y ahora, el perfume de la mujer es también el perfume de Jesús. No cabe duda, que el gesto de la mujer es un gesto insólito, inconcebible para la mentalidad judía de la época.

Con todo, la conducta indecorosa de la mujer no provoca la indignación de Simón. Lo que irrita al fariseo es la actitud de Jesús que acepta los besos y caricias perfumadas de una pecadora pública. La acción de la mujer desencadena el juicio inmediato e inapelable de Simón, un juicio a puertas cerradas, sentencia dictada en el secreto de su corazón: «Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues en realidad es una pecadora» (Lc 7,39). Sólo el narrador nos ha permitido descubrir el nido de sentimientos que atormentaba a Simón. Bien se guardaba el fino y educado fariseo de manifestarse en público. Su veredicto secreto es negativo por partida doble. Descalifica a la mujer (descalificada ya en el v. 37 por el narrador), y sobre todo descalifica al huésped de honor. Censura a Jesús, hasta hace poco un verdadero profeta para él. Las noticias vuelan y pronto se saben. ¿Cómo reaccionaría ante lo sucedido la comunidad farisaica? ¿Podría conservar su reputación de ferviente fariseo? Sencillamente, Simón no logra entenderlo: Jesús se ha dejado tocar por una pecadora, a la vista de todos. Y lo ha hecho libremente, sin ninguna resistencia, como lo más natural del mundo.

¿Acaso ignora Jesús que manchándose él de impureza ha contaminado también toda la casa que le hospeda? La mujer ha eliminado toda separación entre puro e impuro, norma esencial de la piedad farisaica. Y ahora todos están contaminados. La sentencia de Simón es inobjetable: Jesús no es un profeta, pues un profeta jamás hubiera tolerado semejante escándalo.

Los lectores hacen bien en preguntarse qué es lo que ha visto, lo que ve el fariseo. Simón sólo ve el contacto físico entre Jesús y la pecadora, y el inevitable contagio. Su óptica no da para más. Simón no contempla el llanto de la mujer; no le impresiona su situación personal: ¿hay en su vida aflicción, desconsuelo, desvalimiento, impotencia? ¿conocía a Jesús de antes? ¿necesitaba ayuda?... Simón sólo ve hechos desnudos y objetivos: la mujer ha tocado el cuerpo de su huésped y éste se ha dejado tocar. La mujer es pecadora y, por tanto, impura. Y ahora todos están contagiados. Les ha contagiado de su impureza abominable. Aquí se detiene la visión del fariseo. Es una percepción miope, limitada a la piel, a lo periférico. Esta percepción se salta a la persona, ignora las vivencias del corazón, distorsiona la realidad, inicia juicios sumarios y dicta sentencias precipitadas. En realidad, Simón con su juicio ha lanzado un desafío a Jesús que no puede callar. Su reacción es inmediata. Sin que nadie le informe Jesús conoce el pensamiento de Simón y ya con esto le demuestra su calidad de verdadero profeta. Jesús habla por primera vez en la narración. Se dirige al fariseo, llamándolo por su nombre: «Simón, tengo que decirte una cosa» (Lc 7,40). La intervención del Maestro muestra dos cosas: primero, que «Jesús es profeta y por tanto conoce a esta mujer; conoce incluso los prejuicios de Simón», y segundo, que «se deja tocar con pleno conocimiento de causa». Y Simón, reconociéndolo como maestro, se muestra solícito a escucharle.

La estrategia dialógica Jesús es sumamente sutil, porque juega con la sensibilidad y la capacidad de implicación de su interlocutor. Para solucionar el conflicto Jesús cuenta con varias alternativas: puede tomar directamente postura en defensa de la mujer; puede rogar a Simón que adopte una actitud más tolerante;

puede iniciar una discusión sobre los ritos de pureza, con sus alcances y limitaciones. Como buen pedagogo, Jesús decide por la vía del lenguaje indirecto. Escoge el procedimiento de la parábola. Y será justamente la parábola la que pondrá al descubierto la debilidad de Simón! La historia que inicia Jesús no tiene nada que ver con el conflicto causado por la mujer, al menos en apariencia. La parábola trata del perdón de las deudas, un tema muy popular entre los fariseos; es un punto clave de su doctrina. Jesús no comparte en absoluto las ideas de Simón sobre lo puro y lo impuro. Escoge por ello un argumento que les une, al menos en principio. Jesús ha sabido esquivar el choque frontal con su interlocutor, conservando al mismo tiempo el hilo de la comunicación en un momento de alta tensión.

La parábola cuenta la historia de «un prestamista que tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta, y como no tenían con qué pagar, les perdonó la deuda a los dos» (Lc 7,41-42a). Los deudores viven un conflicto real: deben pagar su deuda, pero no tienen dinero. El prestamista resuelve el conflicto en clave espiritual: perdona todo a los dos sin hacer diferencias, los trata por igual. Pero cada uno de ellos sabe cuál es su relación personal con el prestamista que le perdona. Y ése es precisamente el punto focal de la parábola. Por eso, Jesús, deja de lado las cantidades de las deudas y presenta a Simón la pregunta crucial, la cuestión de las relaciones personales: «¿Quién de ellos lo amará más?» (Lc 7,42b).

Simón no tiene dificultad en responder, ha captado perfectamente el problema. De todos modos, la cautela no hace daño, y responde con prudencia: «Supongo que aquel a quien le perdonó más» (Lc 7,43). Jesús escucha lo que deseaba oír a Simón. Ahora puede aplicar su táctica elegida. Es la misma que el profeta Natán y la mujer sabia de Técoa utilizaron con el rey David en distintas ocasiones (cf. 2 Sam 12,1-15 y 14,1-24). Jesús abandona el plano de la ficción y salta rápido a la situación real interpelando directamente a Simón. La pregunta de Jesús: «¿Ves a esta mujer?» (Lc 7,44) es la primera invitación que hace Jesús a Simón: el fariseo

debe ver a la mujer. Pero la debe contemplar de otra manera: no como la trasgresora de unos ritos intocables, sino como una mujer nueva, liberada y perdonada.

A partir de este momento, la mujer ocupa el centro de la escena. Se convierte en el personaje principal, en punto de referencia y modelo de conducta. Antes habíamos visto el gesto de la mujer desde la óptica de Simón, ahora debemos saborearlo desde la de Jesús. En esta nueva perspectiva los actos de amor de la mujer contrastan vigorosamente con las negligencias del anfitrión. Simón descuidó con Jesús los gestos más elementales de hospitalidad, como eran lavar sus pies, darle el beso de la paz y ungirle la cabeza con aceite. Por consiguiente, también Simón es un trasgresor de la ley, un anfitrión que no ha cumplido con su deber. La acción de la mujer, en cambio, ha superado con creces todas las normas de cortesía reservadas a los huéspedes. La mujer se desvivió por agasajar a su invitado sin descuidar ningún detalle. Para Jesús, la verdadera anfitriona fue aquella mujer. Y lo que ella hizo por amor pone en evidencia lo que Simón omitió seguramente por temor.

Jesús concluye su diálogo con una frase que resume toda su enseñanza. Por si acaso Simón no lo hubiera entendido del todo, Jesús añade: «Por eso te digo que, si se le han perdonado sus muchos pecados, es porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco perdón muestra» (Lc 7,47). Ignoramos si la máxima final de Jesús convenció definitivamente a Simón o si le dejó más perplejo todavía. Con ella Jesús le está invitando a salir de su mundo cerrado, hecho de separaciones y prohibiciones, para que pueda gozar de la lógica del amor, que en definitiva es la lógica del perdón. Jesús no acusa directamente a Simón, pero de hecho, lo incluye en la misma categoría de pecadores a la que pertenece la mujer. Simón no lo sabe, pero también él es pecador, también él es deudor. Simón se tiene por puro, perfecto y santo; se considera un hombre de conducta irreprochable. En realidad, también él necesita un prestamista generoso que le perdone las deudas que desconoce. Simón no tiene conciencia de pecado y

Jesús lo sacude, lo estremece para que delicadamente despierte, para que se deje tocar abiertamente del amor de Dios, sin esconderse tras las falsas seguridades de la ley ¿Quién puede sentirse impecable ante Dios? ¿quién puede creerse sin mancha y libre de toda culpa? ¿quién no tiene que saldar alguna deuda? Simón desaparece de la escena, pero la narración continúa.

Y por primera vez Jesús se dirige a la mujer: «Tus pecados quedan perdonados» (Lc 7,48). Estas palabras ya las había pronunciado Jesús en la curación del paralítico (Lc 5,20). La rotunda afirmación de Jesús sorprende a los comensales. Pero como antes Simón, tampoco ellos se atreven a expresar en alto su escándalo. Se lo guardan para ellos. Y una vez más el narrador nos avisa de la indignación de los invitados: «Los comensales se pusieron a pensar para sus adentros: “¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?”» (Lc 7,49). Jesús ignora el comentario y vuelve a dirigirse a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Lc 7,50). Así concluye nuestra historia.

Una vez más Jesús nos desconcierta. Desconciertan sus palabras, sus gestos, sus silencios. La mujer del perfume entra en escena en calidad de marginada, excluida del mundo social, del sistema religioso, del banquete, de la mesa, del diálogo... Ella no tiene nombre, cultura, prestigio, influencia, autoridad y seguramente, tampoco dispone de muchos medios económicos. La mujer del perfume sólo tiene la osadía, la audacia de retar a las estructuras más potentes de la sociedad de su tiempo. Ella está sola. Es pecadora y lo sabe. Goza de mala fama y lo sabe. No cuenta con ningún grupo de apoyo; ni siquiera le ampara la ley. Libra su arriesgada batalla sólo con lo que tiene: su humanidad y su ternura. Es una mujer fuerte, capaz de mucho amor desinteresado. Y el que ama arriesga por el amado. Y eso es lo que ella hace. Lo poco que tiene, lo arriesga por Jesús. Quebranta las normas y se adentra en recintos estrictamente prohibidos para ella. Hace frente a las miradas acusadoras de los invitados, soporta el juicio intransigente de Simón, la humillación del desprecio de todos. No intenta con palabras justificar su gesto altamente ambiguo. Ella lo ha arriesgado todo.

Simón, por su parte, prefiere el cálculo, la prudente contemporización: hay que quedar bien con Jesús sin molestar a sus amigos fariseos. La mujer manifiesta su amor y gratitud hacia Jesús empleando el lenguaje del cuerpo. Le resulta más fácil expresarse así que con un discurso organizado. Ella no necesita palabras. Le bastan sus gestos de ternura: besar los pies de Jesús, bañarlos con sus lágrimas, enjugarlos con sus cabellos y ungirlos con su perfume. Gestos gratuitos, innecesarios, insólitos, si se miran con los ojos de la lógica, de la ley, de las capas sociales. Pero la ternura se niega a entrar dentro de parámetros intelectuales, éticos o sociales. La ternura no se aprende desde la ley sino desde el corazón, no se cotiza desde la ley sino desde el perdón; no se explica desde fuera sino desde dentro. Por eso, Simón carece de ternura. Como tantos otros, tiene que aprender a mirar con ojos nuevos. De lo contrario, nunca podrá sintonizar con la dinámica inclusiva de Jesús. ¿Y qué hace Jesús? ¿cuál es su actitud ante la mujer? También Jesús salta por encima de las estructuras opresivas y marginadoras de su sociedad para conceder a la mujer toda la dignidad que Simón, representante de los fariseos, le ha negado sin motivo. Jesús acepta su amor y gratitud, recibe sus caricias, aspira su perfume, la mira cara a cara, dialoga con ella, alaba su gesto, perdona sus pecados y le devuelve la paz del corazón. La mujer entra sin dignidad ni consuelo en la casa del fariseo y sale dignificada, reconocida, perdonada. La actitud inclusiva de Jesús es profundamente humana y liberadora: por un lado, rompe tabúes, derriba fronteras, desmonta prejuicios, relativiza leyes, desenmascara la injusticia; por otro, genera cercanía, relación, diálogo, intimidad y propicia el encuentro interpersonal auténtico. Encontrarse con Jesús es siempre punto de partida, ventana abierta hacia el futuro, estímulo de esperanza. La mujer del perfume no es la única excluida que recibe el abrazo inclusivo de Jesús en nuestro evangelio. Otros excluidos y excluidas –pienso, por ejemplo, en la hemorroísa, el leproso agradecido o el ciego de Jericó– vivirán la misma experiencia. A todos Jesús los despide con el mismo elogio: «Tu fe te ha salvado».

Nuestra historia empezó con un fariseo que invita a Jesús a comer a su casa y termina con un fariseo que desaparece en silencio de la escena. Nuestra historia empezó con una mujer pecadora pública que entra en la casa del fariseo llorando sin consuelo y concluye con una mujer perdonada que abandona el relato con un corazón esponjado y rebosante de paz. Así son los encuentros con Jesús.

Cf. Nuria Calduch-Benages, *Il profumo del Vangelo: Gesù incontra le donne* (La parola e la sua ricchezza 11), Milano: Paoline, 2007, 2009, 2a edizione rivista e corretta; in spagnolo, *El perfume del evangelio. Jesús se encuentra con las mujeres* (El mundo de la Biblia. «Horizontes» 9), Estella (Navarra): Verbo Divino, 2008, 2010, 2a reimpr.; in catalano, *El perfum de l'Evangelí. Jesús es troba amb les dones* (Saurí 185), Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2014.